

INVOCA AL DRAGÓN Y CAMBIA EL DESTINO.



La
NOCHE
del
DRAGÓN
JULIE KAGAWA

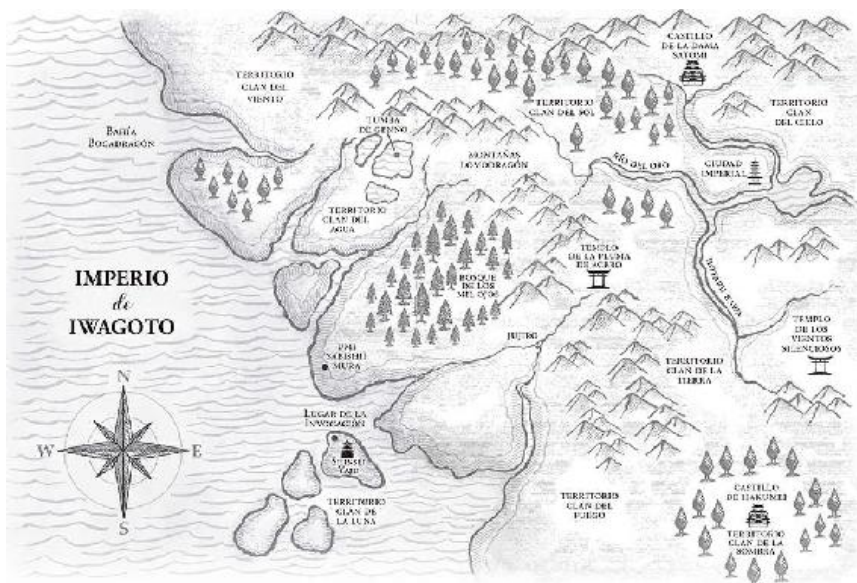
GRANTRAVESÍA

JULIE KAGAWA
La
NOCHE
del
DRAGÓN



GRANTRAVESÍA

*Para Tashya, Nick y Misa-sensei,
Arigatou gozaimasu*





1

LLAMADO A JIGOKU

Hace mil años

En sus largos años de existencia, la cantidad de veces que había sido invocado desde *Jigoku*¹ se podía contar con una sola garra.

Otros señores demonio habían sido convocados antes. Yaburama. Akumu. Los señores *oni* eran demasiado poderosos para que un mago de sangre con iniciativa no hubiera intentado hacer un contrato con ellos, aunque tales rituales a menudo terminaban mal para el arrogante humano que pensaba que podría esclavizar a alguno de los señores *oni*. Los cuatro eran, sin duda, un grupo orgulloso, y no se mostraban amables con un insignificante mortal que intentara doblegarlos a su voluntad. Le seguían la corriente al mago de sangre el tiempo suficiente para escuchar lo que el humano estaba ofreciendo y, si no les interesaba, o si el mago intentaba estúpidamente dominarlos, lo destrozaban y hacían lo que querían en el reino mortal hasta que eran enviados de regreso a *Jigoku*.

Hakaimono se divertía cada vez que un mortal intentaba invocarlo. Sobre todo, en ese preciso momento en que lo veían por primera vez y *entendían* lo que habían hecho.

Con los ojos entrecerrados, observó a su alrededor a través del humo, sin prestar atención a esa breve sensación

de vértigo que lo acompañaba cada vez que era arrastrado al reino de los mortales desde *Jigoku*. Un gruñido de fastidio asesino retumbó en su garganta. Ya antes, no estaba del mejor humor. Akumu había estado conspirando de nuevo, tratando de debilitar las fuerzas de Hakaimono a sus espaldas, y se encontraba en camino para enfrentar al artero tercer general cuando el fuego negro estalló sobre su piel y las palabras de magia de sangre resonaron en su cabeza. Y entonces se encontró, de manera abrupta, en el reino de los mortales. Ahora estaba parado en el centro de una construcción en ruinas, rodeado por paredes derruidas y pilares destrozados. El olor a muerte hacía que el aire se sintiera espeso. Contempló la posibilidad de apretar la cabeza del mago responsable hasta hacerla estallar entre sus garras como un huevo.

Las piedras bajo sus pies estaban pegajosas y tenían ese olor dulce y cobrizo que reconoció al instante. Las líneas de sangre estaban pintadas en el suelo, donde formaban un círculo familiar, con palabras y signos de poder entretnejidos en un complejo patrón. Un círculo de invocación. Uno poderoso. Quienquiera que fuera el mago de sangre, había hecho un trabajo esmerado. Eso no lo salvaría al final, de cualquier manera.

—Hakaimono.

El Primer *Oni* miró hacia abajo. Una mujer estaba parada al borde del círculo de sangre. Vestía túnicas negras y su largo cabello parecía fundirse en las sombras. Sostenía un cuchillo en sus delgados dedos. Su pálido brazo estaba cubierto de rojo hasta el codo.

El demonio soltó una risita.

—Bueno, esto me hace sentir tan importante —dijo, agachándose para ver mejor a la mujer. Ella le devolvió la mirada con frialdad—. Invocado por la sombra inmortal en persona. Qué interesante —levantó una garra y observó a la humana por encima de sus zarpas negras y curvas, del

largo del brazo de ella—. Si arrancas la cabeza de un inmortal, ¿crees que morirá?

—No me matarás, Primer *Oni* —la voz de la mujer no sonaba divertida, pero tampoco asustada, aunque la certeza en ella lo hizo sonreír—. No soy tan tonta para intentar atarte y no pediré mucho de ti. Sólo tengo una solicitud. Después de eso, eres libre de hacer lo que quieras.

—¿Ah? —Hakaimono rio entre dientes, pero sin duda sentía curiosidad. Sólo los muy desesperados, estúpidos o poderosos recurrían a uno de los cuatro generales *oni*, y sólo para las solicitudes más ambiciosas. Cosas como destruir un castillo o aniquilar a una estirpe completa. El riesgo era demasiado grande para peticiones someras—. Escuchémosla entonces, mortal —la animó a continuar—. ¿Cuál es esta tarea que me harías emprender?

—Necesito que me traigas el pergamino del Dragón.

Hakaimono suspiró. Por supuesto. Había olvidado que ese tiempo había llegado otra vez en el mundo mortal. Cuando el gran escamoso se levantaría para conceder un deseo a un insignificante humano de tan corta vida.

—Me decepcionas, mortal —gruñó—. No soy un sabueso en busca de órdenes. Podrías haber conseguido que los *amanjaku* recuperaran el pergamino por ti, o alguna de tus miserables mascotas guerreras humanas. He sido llamado para masacrar ejércitos y reducir fortalezas hasta convertirlas en polvo. Buscar la plegaria del Dragón no vale mi tiempo.

—Esto es diferente —la voz de la mujer sonó tan inflexible como siempre. Si sabía que estaba en peligro de ser destrozada y devorada por un enfadado Primer *Oni*, no lo demostraba—. Ya envié al más fuerte de mis campeones para que recuperara el pergamino, pero me temo que me ha traicionado. Quiere el poder del Dragón para él, y no puedo dejar que el Deseo se me escape ahora. Debes encontrarlo y recuperar el pergamino.

—¿A un humano? —Hakaimono curvó un labio—. Eso no es un gran desafío.

—No conoces a Kage Hirotaka² —dijo la mujer en voz baja—. Es el mejor guerrero que el Imperio de Iwagoto haya visto en mil años. Es un elegido de los *kami*, pero también fue entrenado en el camino del samurái. Sus talentos con la espada y la magia son tan grandes que incluso el emperador elogió sus logros. Ha matado hombres, *yokai* y demonios a raudales, y tal vez será el mayor oponente que hayas enfrentado jamás, Hakaimono.

—Dudo mucho eso —el Primer *Oni* sintió cómo una sonrisa cruzaba su rostro mientras respiraba el aire impregnado de sangre—. Pero ahora, me siento intrigado. Veamos si este campeón de la sombra es tan bueno como dices. ¿Dónde puedo encontrar a este mortal asesino de demonios?

—La finca de Hirotaka se encuentra a las afueras de un pueblo llamado Koyama, a un poco más de quince kilómetros de la frontera oriental del territorio de los Kage —respondió la mujer—. No es difícil de encontrar, pero está bastante aislado. Además de los hombres y sirvientes de Hirotaka, no encontrarás oposición. Busca a Hirotaka, mátalos y tráeme el pergamino. Ah, y una cosa más —levantó el cuchillo y observó su brillante filo ensangrentado—. Nadie debe sospechar que practico la magia de sangre. No ahora, cuando la noche del Deseo está tan cerca —sus ojos negros se clavaron en los del *oni* y se estrecharon con agudeza—. No puede haber testigos, Hakaimono. No deben quedar supervivientes. Mata a todos los que encuentres allí.

—Eso es algo que puedo hacer —una lenta sonrisa se extendió por el rostro del *oni*, y sus ojos relucieron rojos, sedientos de sangre—. Será divertido.

Hakaimono llegaría a lamentar esas palabras más que ninguna otra en su existencia.

¹ Muchos nombres y términos usuales del japonés se encontrarán marcados en cursivas a lo largo del libro. No olvides consultar el glosario al final de este volumen.

² En Japón, por norma de uso suele anteponerse el nombre de la familia, el apellido, al nombre de pila.

2

SOMBRAS CONOCIDAS

TATSUMI

Los *tengu* nos desterraron de la montaña.

Dejarnos vivir fue la gota que derramó el vaso, según parece. Su hogar había sido destruido, su *daitengu* asesinado y los fragmentos del pergamino del Dragón tomadas por el enemigo. Un demonio en su montaña sagrada era algo que no podían soportar, y cuando Yumeko se negó a que nos mataran, nos informaron en términos inequívocos que ya no éramos bienvenidos en el Templo de la Pluma de Acero. Que las puertas permanecerían ocultas por siempre para nosotros, y que si después del amanecer volvían a ver al portador de Kamigoroshi en la montaña, lo destruirían sin titubear.

Y así, con apenas el tiempo suficiente para curar nuestras heridas, dejamos el Templo de la Pluma de Acero y el hogar de los *tengu*. Huimos de la montaña y de los guardianes del pergamino, tan resentidos por su pérdida. De alguna manera, conseguimos llegar a la base de las montañas y, exhaustos, heridos y aún sangrando, encontramos la entrada a una cueva justo cuando una lluvia fría comenzaba a caer. En la cueva encontramos una multitud —había cinco personas y un perro dentro—, pero por lo demás estaba desocupada y seca, y no teníamos una mejor opción. Cuan-

do el *ronin* encendió una fogata y la doncella del santuario comenzó la ardua tarea de limpiar y volver a cubrir nuestras heridas de batalla, me retiré a un rincón oscuro, fuera del camino de todos, para reflexionar sobre lo que había sucedido. Y para responder la pregunta que me había estado atormentando desde que salimos del templo.

¿Quiénes somos? ¿Quién soy?

¿Kage Tatsumi o Hakaimono? No se sentía como ninguno de ellos, pero sabía que había cambiado de manera irrevocable. Cuando este cuerpo había sido poseído por Hakaimono, el espíritu del *oni* había suprimido por completo el alma humana y la había mantenido atrapada e incapaz de hacer nada. Hasta que Yumeko llegó, usando su propia magia de zorro, para poseer al demonio y enfrentar al *oni* desde dentro. Ella encontró el alma de Tatsumi, la liberó y, juntos, intentaron llevar a Hakaimono de regreso a la espada. Pero el Primer *Oni* demostró ser mucho más fuerte de lo que ambos habían creído.

Y entonces, antes de que se pudiera determinar un vencedor, apareció Genno con un ejército de demonios y la intención de tomar el pergamino. Traicionó a Hakaimono, lo atravesó con Kamigoroshi y lo dejó morir en el campo de batalla. Para salvarnos a los dos, las almas de Kage Tatsumi y Hakaimono se fusionaron, lo que permitió a Hakaimono usar todo su poder para sanar el cuerpo humano y mantenerlo vivo. Increíblemente, funcionó, y entonces pudimos matar a la mayor parte del ejército de Genno antes de que ellos nos masacraran a todos. Pero debido a nuestra debilitada condición, el templo fue destruido y Genno escapó con los tres fragmentos del pergamino del Dragón en su poder.

El Maestro de los Demonios tenía lo que necesitaba para invocar al Gran Dragón y formular el deseo que anunciaría el fin del Imperio. Debíamos encontrar a Genno y evitar que usara el pergamino, pero sería un viaje largo y difícil, y tal vez algunos de nosotros no lograríamos sobrevivir. Inclu-

so sin considerar la posibilidad de que Hakaimono pudiera emerger en cualquier momento y destrozarse a mis compañeros.

—¿Tatsumi?

Levanté la mirada. Yumeko se había separado del grupo y ahora estaba en pie delante de mí, con la luz del fuego a sus espaldas, que proyectaba sobre ella un tenue resplandor naranja. Todavía vestía las elegantes túnicas de *onmyoji* rojas y blancas de la noche que había actuado para el emperador, aunque las onduladas mangas estaban hechas jirones ahora, su largo cabello estaba en desorden y la suciedad manchaba su rostro y sus manos. Ya no se veía como una venerada adivina mística del futuro. Lucía como una niña campesina vestida con un disfraz, a no ser por las altas orejas de zorro de punta negra que sobresalían de su cabello y la espesa cola de punta blanca detrás de ella. Sabía que sus rasgos de zorro eran invisibles para la mayoría de los humanos, pero desde la noche en que invadió mi alma, se habían vuelto siempre visibles para mí. Un recordatorio de que Yumeko era una *kitsune*, una *yokai*. Ella no era completamente humana.

Pero yo tampoco.

—¿Puedo sentarme contigo, Tatsumi? —preguntó con voz suave. Sus grandes ojos brillaron con un sutil tono dorado en medio de las sombras vacilantes. Asentí, y Yumeko se abrió paso con cuidado a través de las piedras para sentarse a mi lado. Su espesa cola naranja rozó mi pierna mientras ella se acomodaba contra la pared de la cueva. Fue extraño que el contacto no me hiciera rehuir como solía hacerlo.

—¿Cómo te sientes? —preguntó.

—Estoy vivo —respondí con una voz igual de tranquila—. Eso es lo único que puedo decir con certeza —me miró fijamente, sus ojos buscaban, inquisitivos, y sentí cómo mi labio se curvaba en una leve sonrisa amarga—. Sé lo que te estás preguntando, Yumeko. Y no puedo responder. Me

siento... diferente. Extraño. Como si... —intenté encontrar las palabras para explicar lo imposible—. Como si hubiera una ira oculta dentro de mí, esta... ferocidad que sólo necesita el más ligero empujón para salir.

Yumeko parpadeó, mientras parecía reflexionar al respecto.

—¿Como cuando Hakaimono vivía en tu cabeza? —preguntó—. Siempre estabas luchando con él por el control, ¿esto es lo mismo?

—No —sacudí mi cabeza—. Siempre estuvimos separados, éramos dos almas individuales luchando entre sí por el control de un cuerpo. Si... si todavía soy Tatsumi, siento que Hakaimono es parte de mí ahora. Que su crueldad y su sed de sangre podrían salir en cualquier momento. Y si soy Hakaimono, siento que Tatsumi me ha infectado con sus pensamientos, miedos y emociones humanas —levanté una mano delante de mi cara. Parecía bastante humana, pero recordé las garras mortales que se habían enrollado en la punta de mis dedos la noche que luché contra el ejército de Genno—. Quizá lo mejor sea que me vaya —murmuré—. Si soy parte demonio, ninguno de ustedes estará a salvo.

Miré de reojo a Yumeko para ver si algo de eso la asustaba, pero sus ojos de zorro dorado parecían tan sólo comprensivos.

—No —dijo sin rodeos, lo que me hizo parpadear—. No te vayas, Tatsumi... Hakaimono... quienquiera que seas. Prometiste que nos ayudarías a encontrar al Maestro de los Demonios. Te necesitamos.

—¿Y si no soy Tatsumi? —pregunté, volviéndome para mirarla a los ojos—. ¿Qué pasa si soy Hakaimono? ¿Cómo sabes quién es el alma más fuerte, o si Kage Tatsumi sobrevivió siquiera a la fusión de humano y demonio? Ni siquiera yo sé la respuesta.

Siguió mirándome sin miedo. Mientras la observaba, sentí una sacudida de sorpresa cuando unos dedos ligeros

se posaron en mi brazo y enviaron una oleada de calor que se acurrucó en mis entrañas. Yumeko sonrió débilmente, aunque había tristeza en sus ojos mientras me miraba, un destello de añoranza que no entendí hizo que mi corazón diera un ligero y extraño vuelco.

—Confío en ti —dijo Yumeko en voz muy baja—. Incluso si no eres el mismo, vi tu alma esa noche. Sé que no nos traicionarás.

—Yumeko —gritó una voz antes de que pudiera reprimir mis agitadas emociones el tiempo suficiente para hablar. Cerca del fuego, la doncella del santuario nos observaba con una expresión grave en el rostro, mientras su pequeño perro naranja me dirigía una mirada de piedra desde su lugar, a sus pies. Los ojos oscuros de la *miko* brillaron con desconfianza cuando se movieron hacia mí—. Kage-san.³ Si se unieran a nosotros... ya estamos fuera de la montaña y lejos de la ira de los *tengu*. Debemos decidir adónde ir ahora.

—*Hai, Reika ojou-san* —Yumeko se levantó y se dirigió hacia el fuego, con la cola de zorro agitándose bajo el borde de su túnica. Me incorporé lentamente y la seguí. Percibí las miradas oscuras y recelosas del resto del grupo. La doncella del santuario y su perro me observaban fijamente, con hostilidad y desconfianza apenas contenidas, como si pudiera convertirme en un demonio en cualquier momento y saltar sobre ellos con los colmillos desnudos. Taiyo no Daisuke,⁴ del Clan del Sol, estaba sentado con las piernas cruzadas junto al fuego, las manos metidas en las mangas y su expresión oculta detrás de una capa de decoro. A su lado, el *ronin* estaba encorvado sobre su mochila y lucía tan descuidado y desaliñado como siempre, con el cabello castaño rojizo desprendiéndose de su cola de caballo. Percibí entonces que estaban sentados muy cerca uno del otro para tratarse de dos hombres de estatus tan diferentes. Había conocido a samuráis que no se habrían dignado a estar en